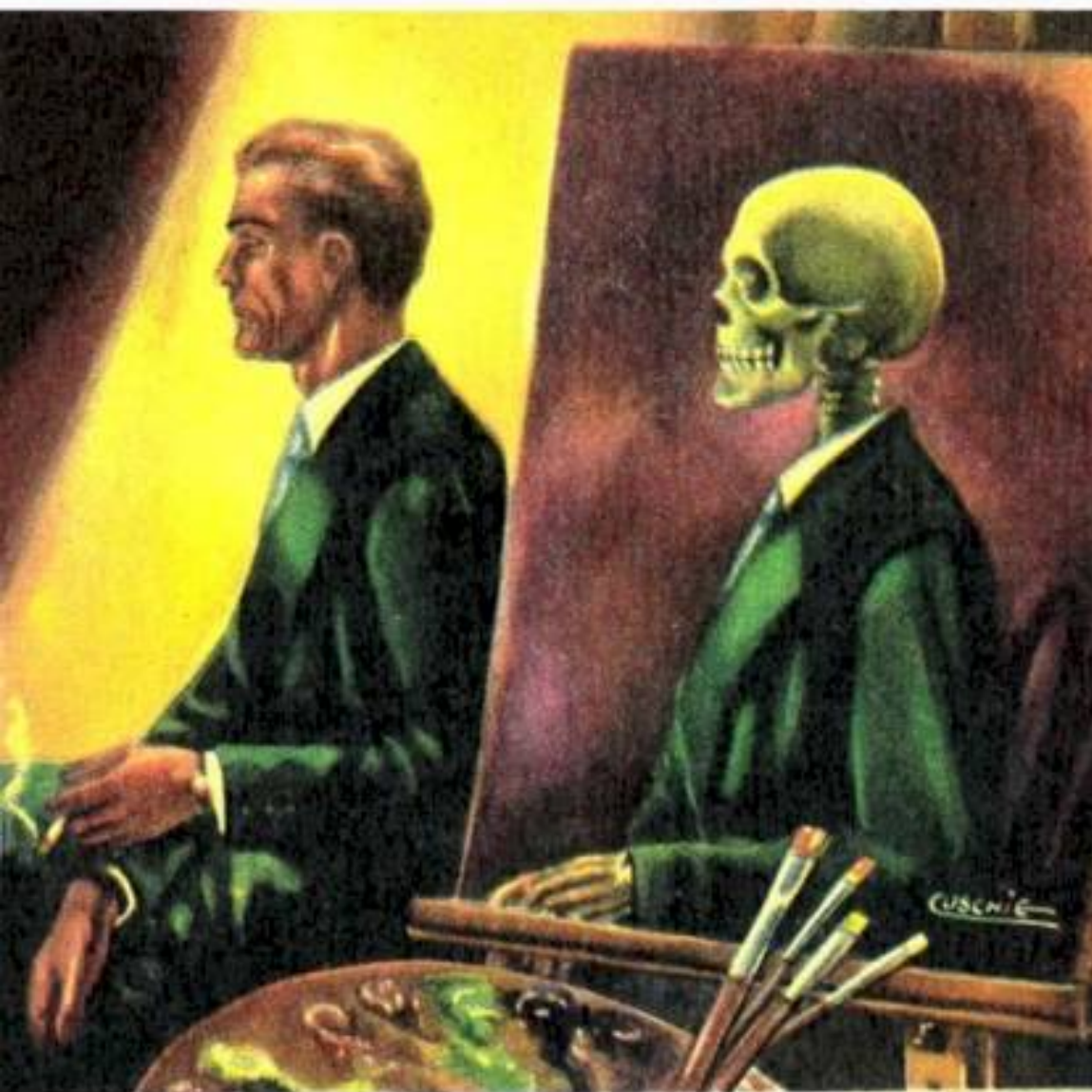


# *La Muerte en el Estudio*

202

EVALINA MACK



COLECCION

*Rastros*

El senador del estado Stuart Randolph había estado esperando en el estudio de Ann, mientras ella iba a la habitación contigua para atender una llamada telefónica. Cuando Ann regresó, había muerto en un accidente tan extraño que el asesinato tuvo que ser considerado. Varios ataques y una muerte posterior hicieron probable que este asesino estuviera conectado con el descubrimiento de una pintura valiosa. Ann fue lo suficientemente inteligente como para identificar al asesino, pero lo suficientemente tonta como para enfrentarse a ello sola.

## Capítulo 1

**S**e inició aquello cuando comencé el retrato. Tenía la paleta lista y el senador posaba con buena luz, que ponía de relieve la forma de su cabeza, acentuando la línea de la frente, los ojos profundos, el fino modelado de sus pómulos, la recta línea de su nariz y la firmeza de su barbilla.

Ya estaba lista para empezar mi segunda mañana de trabajo, y me sentía confiada y con bastante entusiasmo. Tendría que trabajar con rapidez, puesto que Stuart Randolph disponía de poco tiempo para posar. No sólo era nuestro senador más joven; también era un abogado de renombre y con muchas ocupaciones.

Acababa de mojar el pincel, cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Caramba! —murmuré, y fui a abrir.

En el corredor se hallaba Allison Clark, tan bonita como siempre, y con expresión preocupada en el rostro.

—Lamento molestarla, señora Mac, pero la llaman por teléfono. Debe ser importante, porque la persona que llamó me dijo que viniera a avisarla en seguida.

Conozco a Allison desde que usaba trenzas y medias cortas. Es muy servicial, y estaba yo segura de que no le molestaba ir a llamarme; pero me había ocupado especialmente de decir a todos que no me llamaran a la oficina de Hugh Jordan. Si no me hallaba en mi casa, tendrían que esperar hasta que volviera. No tenía teléfono en mi estudio porque no me agrada que me molesten cuando trabajo.

El estudio se lo alquilaba a Hugh. En realidad era un salón para el análisis de algodón, situado en un edificio de ladrillos de un solo piso, a corta distancia de la oficina principal. Construido según las especificaciones del gobierno, con una gran claraboya que daba al norte, me resultó ideal para mis propósitos. No abundan los estudios en Norfolk. Uno o dos de aquellos salones de inspección quedaron desocupados cuando amenguó el negocio del algodón, y varios artistas aprovechamos la oportunidad de alquilarlos. Próximo al que yo ocupaba había otro mejor, aunque más pequeño, razón por la cual tomé el mío, mientras que un artista más joven tenía aquél. El alquiler era bajo porque se hallaban en un barrio pobre, mas no nos preocupaba que colgaran la ropa a secar en los patios, y los vecinos eran amables y no incomodaban. A veces solían causar disturbios los niños que subían a nuestros techos para arrojar guijarros a la claraboya; pero nosotros los alejábamos en seguida sin que nadie fuera a protestar por ello.

La que me llamaba era una mujer que deseaba que yo integrara el jurado para un concurso de carteles. Tuve que escuchar los detalles que me daba, antes de poder decirle que me llamara a mi casa por la noche.

Hugh no estaba en la oficina; pero me disculpé ante todos y corrí de regreso, irritada ante la demora y deseosa de que el senador no se hubiera impacientado mucho.

El estudio es un salón bastante largo, y al entrar noté complacida que mi tela se veía desde lejos. Era un retrato bastante grande, y estaba marchando bien.

El estrado del modelo se hallaba casi oculto por la tela y por la hilera de columnas de madera que sostienen el techo a lo largo del salón. Pasé por entre los caballetes que usan mis alumnos, y había yo tomado el pincel del frasco de trementina antes de mirar hacia el estrado y disponerme a decir algo al senador. No logré pronunciar palabra, y me quedé inmóvil y anonadada por la sorpresa.

Stuart se hallaba tendido medio fuera del sillón, con un brazo pendiente a un costado, tocando casi el piso del estrado. Tenía la cabeza echada hacia atrás con un ángulo pronunciado y los ojos hacia la claraboya, en la que se veía un gran agujero. Alrededor del modelo se veían numerosos fragmentos procedentes de la claraboya; pero lo más increíble era el largo y aguzado trozo de vidrio que sobresalía de uno de sus ojos y el delgado hilo de sangre que marcaba su mejilla y goteaba para formar un charquito en el suelo.

Reinaba un silencio horrible. No sé cuánto tiempo estuve allí; pero de pronto me encontré inclinada sobre él, llamándolo desesperadamente y contemplando aquella cara terriblemente mutilada... Le toqué la frente; todavía estaba tibia, mas no le vi respirar. Busqué su pulso, pero era tal mi nerviosidad que no pude encontrarlo. Me dominó el pánico y, girando sobre mis talones, corrí hacia la puerta, la abrí con violencia y tropecé con dos personas paradas en el escalón.

Taylor Grey y Margaret Ford me miraron asombrados.

—¿Qué pasa, Ann? —preguntó Taylor.

—Sólo pude hacer señas hacia el interior del estudio, y decir:

—¡Un médico! ¡Tengo que buscar a un médico!

Acto seguido corrí junto a la pared de ladrillos en dirección a la oficina de Hugh, donde estaba el teléfono. Esta vez no había nadie allí. Disqué el número con dedos temblorosos, y a poco me respondió mi viejo amigo el doctor Davis. Esforzándome por dominarme, le dije con rapidez:

—Nat, el senador Randolph está malherido... Temo que haya muerto... Un accidente en mi estudio. ¿Puedes venir en seguida? Gracias. Haz el favor de darte prisa.

Me dejé caer entonces en una silla hasta que se calmaron mis temblores. Después volví al estudio.

Encontré a Margaret parada en el centro de la sala, mirando como hipnotizada el largo fragmento de vidrio. Tay-

lor estaba inclinado sobre el senador, tocándole el lado izquierdo del pecho. Renunció al fin a sus esfuerzos con un encogimiento de hombros y se volvió hacia mí. Tenía el rostro pálido como la cera, le temblaban los labios y debió esforzarse para poder hablar.

—¿Cómo pasó esto, Ann? ¿Quién rompió la claraboya?

—No sé; no oí a ninguno de los chicos en el techo, y no los he visto en toda la mañana.

Les dije que Allison había ido a buscarme y que me fui del estudio por diez minutos.

—Acababa de encontrarlo así cuando llegasteis vosotros —finalicé.

Hablábamos en voz baja, aunque podríamos haber gritado sin que por ello cambiaran en nada las cosas... por lo menos para Randolph.

—Creo que no debemos moverlo —dije—. No podemos hacer otra cosa que esperar. El doctor Davis vendrá en seguida.

—Algo debe haber destrozado la claraboya —susurró Margaret—, pero no veo nada. Debe haber sido muy pesado para haber hecho un agujero así. No comprendo cómo fue a darle el vidrio justo en el ojo.

Oímos que se detenía un auto a la puerta, y Taylor fue a abrir. Sereno como siempre, se presentó Nat Davis con su maletín negro. Avanzó con paso vivo, pero cambió de expresión al ver lo que yo le había descrito de manera tan poco adecuada. Se detuvo, y exclamó:

—¡Dios mío!

Pero supo dominarse en seguida y se inclinó sobre el cuerpo inmóvil.

Los tres nos quedamos observándole en silencio. Ya sabíamos de qué se trataba, y no teníamos la menor esperanza.

—Nada puedo hacer —declaró—. La muerte debe haber sido instantánea. Este vidrio se le ha incrustado en el cerebro.

Se irguió y sus ojos se fijaron en la claraboya rota.

—¿Cómo ocurrió? —quiso saber—. ¿Qué fue lo que rompió la claraboya?

—No sabemos, Nat. Tendría que estar aquí, entre todos esos fragmentos. Todavía no lo hemos encontrado.

—Yo diría que primero le golpeó lo que pasó a través de los vidrios. Miren cómo tiene la nuca.

No nos movimos para examinarlo. Demasiado bien lo veíamos desde donde estábamos.

—Sí —continuó Nat—, probablemente quedó atontado. Debe haber caído hacia atrás, con la cara hacia arriba, justo en el momento en que se soltó este trozo y le cayó encima. Es lo más extraordinario que he visto... ¡Increíble!

Me miró, interrumpiéndose bruscamente.

—Siéntate, querida —me dijo acto seguido, y me condujo hacia el sofá—. Es terrible esto. ¿Estaban todos aquí?

—No —intervino Taylor—. Nosotros acabamos de llegar. Ann lo encontró así.

Tuve que repetir todo, explicando exactamente lo sucedido.

—¿Y qué podemos hacer ahora, Nat?

—Quédate aquí hasta que vaya a un teléfono para pedir una ambulancia policial.

Ante mi expresión de asombro, continuó:

—En todas las muertes accidentales o misteriosas, hay que notificar a la policía.

—¡Pero, Nat —protesté—, fue un accidente! Tú mismo lo has explicado: el vidrio debe haber caído después que se rompió la claraboya.

—No obstante, hay que avisar a la policía. Lo siento, Ann. No te aflijas tanto.

Parecía profundamente afectado, y recordé que debía haber sufrido un golpe personal. Los Randolph, tanto el padre como el hijo, habían sido íntimos amigos suyos.

—No puedo creerlo —dijo con pena—. Stuart era un magnífico muchacho y un abogado brillante. Acababa de

comenzar su carrera. No sé cómo voy a darle la noticia a su padre.

Taylor le siguió hacia la puerta y allí sostuvieron una breve conversación en tono bajo, mas no traté de oírles. Me sentía enferma y exhausta, y demasiado aturdida para pensar. Margaret parecía hallarse en el mismo estado. Ambas nos cuidamos de dar la espalda al estrado.

Al volver Nat, le acompañaba Hugh Jordan y detrás de ellos estaba Allison. Se habían enterado de la noticia, ya que el teléfono de la oficina era el más próximo que había.

El vecindario comenzaba a despertar. Nuestras entradas y salidas del estudio y nuestras expresiones debían haberles llamado la atención a todos. Varias mujeres se habían agrupado en los patios, mostrándose muy interesadas en los acontecimientos.

Llevé a Allison al interior y cerré la puerta en la cara de un muchachito cuya madre se acercaba con gran curiosidad. Ella nos habló en voz alta desde afuera:

—Mi Jimmy no tuvo nada que ver. Estaba junto a mí en la cocina, mientras yo lavaba los platos. Al oír el ruido de los vidrios, le dije: *Uno de esos chicos que ha vuelto a romper una ventana. No salgas para nada. Quédate aquí. No quiero que te echen la culpa a ti. Estos artistas son gente muy rara.*

Nunca fue muy firme nuestra posición en el barrio. Los artistas resultan raros para los que no lo son, y aunque parecían considerarnos con admiración y cordialidad, mucho me temo que también sospecharan de nosotros.

Para el momento en que llegó la ambulancia, los pocos curiosos se habían multiplicado hasta formar una multitud. El médico policial y sus ayudantes se abrieron paso por entre ellos hasta nuestra puerta, que está a cierta distancia de la calle. Los seguían dos policías. Yo cerré la puerta con violencia no bien entró el segundo oficial, quien me miró entonces con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, señora? ¿Qué ha sucedido?



—Vaya y véalo usted mismo —respondí secamente, indicando el estrado de los modelos. Tenía los nervios de punta y me resentí ante su tono.

Rápidamente cruzaron el estudio. El médico policial sostuvo una rápida consulta con Nat Davis, y luego se acercó al estrado para examinar largamente a la víctima. Se cubrió luego la mano con un pañuelo limpio y extrajo el largo trozo de vidrio. Me estremecí y cerré los ojos. Después de examinarlo un rato, confirmó la opinión de Nat.

—Eso es lo que pasó, doctor. Tiene la marca de un golpe en la parte posterior de la cabeza. Debe haber quedado sin sentido al recibirlo, pero es este vidrio el que le mató. Se ve que ha penetrado hasta su cerebro.

Los dos policías, que se parecían mucho a Laurel y Hardy, se separaron del grupo para acercarse a mí. Hardy —que, según supe después, era el sargento Brown— indicó con el pulgar.

—Allá, Daly. Que nadie salga...

Su compañero fue hacia la puerta y se plantó frente a ella. Hasta ese momento no había pensado nadie en irse, y nuestras miradas de sorpresa parecieron complacerle.

—Ahora siéntense todos; tenemos que interrogarlos.

Miré a mi alrededor con incertidumbre. El estudio no estaba equipado para reuniones. Contaba sólo con un par de bancos altos, una o dos sillas sucias de pintura, y el sofá lleno de cosas.

Margaret retiró un vaso lleno de agua coloreada y una caja de acuarelas de uno de los bancos. Después se sentó en él con la agilidad de uno de sus gatos. Su mirada inteligente se fijó en el sargento.

Taylor se quedó parado, medio en sombras. Se apoyó contra una de las columnas, con los hombros encorvados y las manos en los bolsillos.

Yo me senté en el filo del sofá, y Allison se acurrucó en el suelo, a mis pies. Luego tomó una de mis manos y la aprisionó entre las suyas.

Hugh Jordán se acercó con el ceño fruncido, apartó una silla, la miró con cierta duda y después se sentó cuidadosamente. Hugh es pesado y grande; sus facciones irregulares resultan muy atrayentes y posee ojos oscuros de agradable mirar. Se me ocurrió que se mostraría tranquilo y calculador aun en medio de un huracán.

Nat Davis y el médico policial se quedaron donde estaban, en la parte posterior del estudio, ordenando el retiro del cadáver.

El sargento Brown nos miró a todos y se fijó luego en mí, preguntando:

—¿Quién es el dueño de esto?

—Es un estudio —le dije dignamente—. El dueño es el señor Jordan, y el señor Taylor y yo se lo alquilamos.

Indiqué a Hugh, quien observaba cómo levantaban el cuerpo del senador sobre una camilla que después cubrieron.

Los ayudantes del médico fueron hacia la puerta. Me pareció imposible lo que veía. Una hora antes había llegado Stuart lleno de vida y alegría. Ahora se llevaban su cuerpo inerte, envuelto en el misterio de la muerte e indiferente a todo lo que le rodeaba. Oí ruido de pasos por el camino de ladrillos, y a poco se cerró la puerta de la ambulancia.

Volví de mis tristes reflexiones y vi que el sargento Brown me estaba mirando.

—Perdone usted, sargento —le dije—. ¿Qué me preguntaba?

Hugh dijo:

—Tenemos que aclarar esto, Ann. ¿Qué arrojaron por la claraboya y quién lo hizo? Fue un acto vandálico, intencional o no. Será mejor que des al sargento todos los informes que puedas.

—Pero es que no sé nada. A menos que uno de los chicos arrojara un ladrillo o una piedra... ¿Pero dónde está? Y los chicos de aquí no son tan malos como para romper la

claraboya deliberadamente. Debe haber sido accidental lo que pasó.

—Bueno, el caso es que murió ese hombre —expresó el sargento—. Ahora tenemos que investigar lo sucedido. Empezaré con usted y seguiré con los otros.

Sacó un lápiz y una libreta de notas.

—¿Qué hace usted aquí?

—Soy pintora de retratos —expliqué pacientemente—. Estaba pintando el del senador. Allí lo tiene, en el caballo.

Brown examinó la tela con mirada crítica y comentó en seguida:

—No está del todo mal. Parece muy natural, ¿eh?

Me miró con más simpatía y continuó entonces:

—Bueno, cuénteme en detalle lo que pasó. ¿Dice usted que se fue de aquí para atender el teléfono?

—Sí. La secretaria del señor Jordan vino a buscarme para que lo atendiera en el otro edificio.

—¿Es usual eso?

—En realidad no, pero ocurre de tanto en tanto. No me gusta que me llamen a la oficina del señor Jordan porque es una molestia para todos.

—¿No tiene teléfono aquí?

—No. No me gusta que me interrumpen en mi trabajo.

—¿A qué hora se fue?

—Consulté el reloj al salir. Eran las once y media en punto.

—¿Cuánto tiempo tardó en volver?

—Al salir de la oficina miré el reloj eléctrico de allí porque me preocupaba la demora. Eran las once y cuarenta. Tardé unos dos minutos en volver, pero no sé si mi reloj marca igual que el de ellos.

—¿Qué llamada fue ésa? ¿Tenía algo de raro? ¿No habrá sido alguien que quiso alejarla del estudio?

—No. Era una socia del Club de Damas, que me pedía que integrara el jurado de un concurso de carteles. La co-

nozco.

El sargento frunció el ceño, reflexionó un momento y preguntó entonces:

—¿Estaba abierta la puerta cuando volvió usted?

—La cerré al salir, aunque sin llave, y estaba así cuando volví.

—De modo que podría haber entrado cualquiera mientras usted no estaba, ¿eh?

—Supongo que sí, aunque no vi a nadie.

—¿A qué hora vino aquí esta mañana?

—A eso de las once.

—¿Le acompañaba el senador?

—No; yo llegué antes.

—¿Todo estaba bien cuando entró? ¿No vio a nadie afuera?

—No, aunque no me fijé. Creo que el conserje había estado arreglando una gotera del techo. Me fijé en su escalera apoyada contra la pared del costado.

—¡Caramba! Entonces cualquiera podría haberse subido al techo.

—Sí; con facilidad; es muy bajo.

Esperé hasta que el sargento me hiciera otra pregunta, y al fin lo hizo:

—¿A qué hora llegó el senador Randolph?

—Creo que unos veinte minutos después. Yo había tenido tiempo de preparar el caballete y las pinturas.

—¿Vino solo?

—Que yo sepa, sí. No había nadie con él cuando abrí la puerta. Acababa de sentarse a posar cuando vino a buscarme la señorita Clark.

Relaté el resto de lo sucedido y mi corrida final hacia la puerta, donde me encontré con Taylor y Margaret.

—No puede haber sido más de cinco minutos después que lo encontré —dije—, aunque a mí me pareció un siglo.

No me pareció que sacara mucho en claro de mis explicaciones. Por su parte, el sargento no estaba muy satisfe-

cho.

Después interrogó a Allison y a Hugh Jordan, aunque éstos tuvieron muy poco que decir. Allison confirmó mi declaración acerca de la llamada telefónica.

El sargento siguió después con Margaret y Taylor, quienes repitieron mi relato. Taylor explicó que compartía conmigo el estudio y daba allí clases de pintura; pero que, como no era uno de sus días de enseñanza, había ido a trabajar en uno de sus cuadros. Se había encontrado con Margaret a unas cuadras del estudio y juntos llegaron hasta allí. Ninguno de los dos sabía que estaba posando el senador, pues en tal caso no habrían interrumpido. No vieron a nadie al acercarse al estudio ni a la puerta del estudio vecino, el que alquilaba Verónica Dale, otra pintora. Dio la dirección particular de ésta al sargento. El policía preguntó entonces si habíamos hallado lo que arrojaron por la claraboya.

—No.

¿La habíamos buscado? Quizá no era necesario; ¡quizá ya sabíamos qué era!

—¿Cómo diablos vamos a saberlo? —estalló Taylor—. Miramos un poco, pero estábamos demasiado aturdidos. Lo primero que se nos ocurrió fue llamar al doctor y después a la policía.

El sargento mandó a Daly a buscar al conserje y a examinar la escalera y el techo, mientras que él se dedicaba a registrar el estudio en busca de lo que había destrozado la claraboya.

Se acercó al estrado, miró debajo del sofá y detrás del biombo donde estaban apiladas las telas, mas no halló nada. Yo lamenté para mis adentros la falta de orden habitual en el estudio. Debido a que los alumnos de Taylor nunca guardaban sus pinceles ni paletas y a que nosotros teníamos cuadros no terminados en todo el lugar, era imposible mantener las cosas en orden.

Traté de ayudar con muy poco entusiasmo, mas no pude acercarme mucho al estrado en que se veían las manchas de sangre. Y noté que Margaret apartaba algunos trozos de vidrio, aunque a bastante distancia de donde ocurriera el accidente.

Lo que había caído a la estancia debía haber estado bien a la vista, y me pareció absurdo buscarlo en los lugares que exploraba el sargento.

Hugh recibió permiso para regresar a su oficina y se retiró. También se permitió a Allison que se fuera. La joven se acercó a mí y me palmeó el hombro.

—Sé que es horrible, señora Mac, pero no lo tome muy a pecho. Váyase a su casa lo antes posible y avíseme si puedo serle útil en algo.

Después se fue de muy mala gana.

Taylor comenzó a levantar algunas telas que había en el suelo, y al alzar una de ellas encontró debajo nuestro martillo. Lo tomó en el momento en que lo veía Daly y lanzaba un grito.

—¿De dónde sacó eso, amigo?

Taylor se quedó con la herramienta en la mano, miró a Daly y luego dejó el martillo sobre la mesa.

—Debajo de esta tela. No tiene nada de raro. Pertenece al estudio y estaba en el suelo porque nadie pone nada en su lugar cuando deja de usar las cosas.

—Eso es —intervine yo—. Martillos, espátulas, chinches y vidrios rotos. No va a pensar que entró alguien, se llevó el martillo y salió para arrojarlo por la claraboya, ¿no?

Daly pareció deseoso de discutir el punto, pero le convencimos a él y al sargento de que podíamos identificar el martillo positivamente, y después ya no continuaron con el asunto. Empero, noté que se quedaron con la herramienta.

La búsqueda había resultado inútil hasta entonces. El sargento Brown salió a reunir a los chicos para interrogarlos y hacer después una recorrida por las casas vecinas en busca de informes.

—Telefonaré al jefe —dijo a Daly—. Tú te quedas aquí.

Daly se instaló de nuevo frente a la puerta, aunque esta vez se sentó en una silla.

Los tres nos dejamos caer en el sofá, sin prestar atención a los innumerables objetos que había sobre el mismo.

—Me resulta imposible creerlo —declaró Margaret.

—Me alegra que Verónica esté en cama —observé yo—. No podríamos haberla soportado.

Taylor sacó del bolsillo superior de la americana un pañuelo muy bien plegado y se limpió las manos con aire abstraído.

—Estaba enamorada del senador, ¿verdad? —comentó.

Abrí los ojos para mirarle; no se me había ocurrido tal cosa hasta ese momento.

—¿Por qué crees eso, Taylor? —pregunté.

—Hasta un ciego se habría dado cuenta. Siempre andaba por aquí cuando venía él. Y se enojó bastante porque lo pintaste tú, ¿verdad? Tenía la esperanza de que le encargara el retrato a ella.

Pensé un momento. Aquello explicaba la actitud de Verónica y su profundo resentimiento hacia mí, cosa que hasta entonces no había podido comprender. Pues bien, me dije, ahora se alegraría de no verse mezclada en un asunto tan desagradable.

—Me pone nervioso, y espero que después de esto no vuelva a molestar en nuestro estudio —manifestó Taylor con seriedad.

En ese momento volvió el sargento Brown.

—Pueden ustedes irse a sus casas, pero que ninguno se aleje de la ciudad. Todos tendrán que hablar con el coronel Sills.

Margaret se puso de pie.

—Ya era hora. Está oscureciendo y no he dado de comer a mis gatos en todo el día. Pase lo que pase, no puedo dejarlos morir de hambre.